

Autor *bestseller* seguido por 2.800.000
lectores en todo el mundo

Anand DÍlvar

EL ESCLAVO



m̄r

ANAND DÍLVAR

EL ESCLAVO

Una novela sobre la libertad,
el perdón
y la verdadera superación personal

m̄

© Anand Dílvar, 2014
© Gruppo Editoriale UNO SRL, 2016
Publicado bajo la mediación de Alexian Limited y Montse Cortázar Agencia Literaria www.montsecortazar.com
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: © David Alexander
Fotografía del autor: cortesía del autor

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-270-4399-2
Depósito legal: B. 27.585-2017
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Díjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Uno	11
Dos	17
Tres	25
Cuatro	35
Cinco	43
Seis	53
Siete	61
Ocho	69
Nueve	79
Diez	85
Once	93
Doce	103
Trece	107
Catorce	113
Quince	119

UNO

Quando recuperé el sentido me di cuenta de inmediato de que algo andaba muy mal. Frente a mí, una luz cegadora me traspasaba los ojos, pero yo ni siquiera podía parpadear. Intenté desviar la mirada, intenté mover los brazos para taparme la cara con las manos. Imposible. Mi cuerpo estaba completamente paralizado, mientras un dolor y un frío intensos, como jamás había sentido, lo recorrían. Intenté también gritar y pedir ayuda, pero todo fue inútil. Algo rígido entraba por mi boca y quemaba mi garganta, al tiempo que un ruido horrible me taladraba los oídos. Pasaron varias horas en las que lo único que ocupaba mi mente era una terrible desesperación. De la desesperación pasé al terror cuando algunos pensamientos lograron filtrarse a mi mente a través del dolor...

«¿Dónde estoy?».

«¿Qué está pasando?».

«¡Estoy muerto!».

La mezcla de dolor y terror, junto a estos pensamientos, hicieron que perdiera el sentido.

Gracias a Dios, porque ya no soportaba más. No sé si pasaron horas o días hasta que volví en mí. Seguía inmóvil, con los ojos completamente abiertos. El dolor había disminuido un poco, la luz que tenía frente a mí seguía ahí, hiriéndome los ojos, pero era más soportable. Ahora fui capaz de darme cuenta de que el terrible ruido era una especie de respiración forzada, profunda y fuerte... No era mi respiración, de eso estaba seguro.

La disminución del tormento físico dio paso a otro tipo de sufrimiento: la confusión en mi mente y la urgente necesidad de respuestas. «¿Estoy realmente muerto?».

«¿De quién es la respiración que escucho?».

«¿Qué es esto que siento en mi boca y me lastima la garganta?».

Poco a poco fui recuperando recuerdos de que lo que, pensaba, había sucedido el día anterior: la fiesta, las copas, la discusión con Laura y la insistencia de Eduardo en que probara esa estúpida droga que él encontraba tan fascinante.

—Mi amor, deja ya de beber, por favor... ¿Acaso no ves que te estás matando? —me gritaba Laura —. ¿Es eso lo que quieres?

—No quiero matarme, lo que quiero es escapar.

—¿Escapar de qué? Estás loco.

—Sí, estoy loco y tú no me entiendes... Nadie me entiende...

Llevé a mi boca el par de pastillas azules que había aceptado de Eduardo. Eso es lo último que recuerdo.

«¡Ay, Dios mío! Por fin lo logré, acabé con mi vida. ¡No puede ser!... ¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo moverme? ¿Por qué no puedo cerrar los ojos?».

«Ese imbécil me envenenó —pensaba—. Estoy en el infierno, pagando por todo lo que hice... Es mucho peor de lo que imaginaba». Yo no creía en la vida después de la muerte, pero en ese momento no encontraba otra respuesta.

«¡No, Dios, perdóname, por favor!... Dame otra oportunidad...».

El sonido de una puerta que se abría interrumpió mis pensamientos. Distinguí entonces una voz femenina:

—¡Pero qué ruido hace esta mierda de aparato! —comentó.

—Es el único que tenemos, ya sabes cómo están las cosas aquí —le contestó un hombre—. ¿Cómo es posible que tengamos solo una máquina de respiración artificial?

—Pues así es, y hay que hacer lo mejor que podemos con lo que tenemos.

—Y a este, ¿qué le pasó?

—¿Este?... Este está bien jodido. Destápalo para que lo veas.

Sentí como retiraban de mi rostro una sabana y pude ver a una mujer vistiendo una bata blanca, con una expresión entre asombro y temor.

—¡Está despierto! —gritó.

El hombre que estaba junto a ella se inclinó a verme.

—Qué va, así lo trajeron. Cuando llegó a Urgencias dijeron que había tenido un accidente. Estaba totalmente intoxicado, pero aún consciente; repetía una y otra vez: «Laura, Laura, perdóname». Después cayó en coma y se apoderó de él una especie de *rigor mortis*. No pudieron cerrarle los ojos.

—Pobre imbécil, más le hubiera valido haberse muerto.

—¡Más nos hubiera valido a nosotros! Ahora tenemos que mantenerlo vivo como un vegetal, ocupando una cama que otros necesitan y gastando energía.

—Pero... ¿puede ver, oír...? ¿Siente?

—Claro que no, mira...

Vi como movía un tubo cerca de mi cama y sentí una terrible punzada en el brazo.

«¡Eso duele, idiota!... ¡Estoy vivo! ¡Estoy consciente! ¡¡Ayúdame!!», traté inútilmente de gritarle.

—Aprovecha para cambiarle el suero —dijo el hombre—. Alguien tiene que regar las plantas.

Los dos soltaron una carcajada y yo me quedé lleno de rabia y desesperación. Salió el hombre de la habitación, la mujer cambió un frasco que colgaba junto a mi cama y salió apresurada.

Ya tenía algunas respuestas... La conversación se repetía una y otra vez en mi mente. ¿Un accidente?... ¿Cayó en coma?... ¿Laura, perdóname?... Alguien tiene que regar las plantas... Regar las plantas...

... Las plantas.

Dos

Los primeros días pude explorar la habitación en la que estaba. En realidad, exploraba la parte del cuarto que abarcaba mi campo visual inmóvil. Había en el techo una lámpara destartada de luz fluorescente, que parecía que estaba a punto de caerse.

Al lado derecho de mi cama había un gancho del que colgaba un frasco de suero, que la enfermera cambiaba todos los días. Más a la derecha alcanzaba a ver un tubo que contenía un fuelle negro que bajaba y subía al ritmo de lo que, ahora, identificaba ya como «mi respiración». Al lado izquierdo distinguía un complicado aparato con varios interruptores, focos y gráficas. Después me enteré de que estaba encargado de controlar mi respiración, los latidos de mi corazón y los nutrientes que me

eran suministrados a través de un tubo que iba directo a mi estomago. Detrás del aparato se veía una parte de la ventana que era mi tormento particular. La luz que entraba todas las mañanas me atravesaba las pupilas, me despertaba y me traía siempre de regreso al infierno en el que me encontraba. El dolor físico no era nada comparado con el dolor que me causaban mis propios pensamientos.

La impotencia, la culpa, el rencor, el miedo y la imposibilidad de expresar mis emociones, todo se juntaba en mi mente y me enloquecía.

Cada día rogaba por no volver a despertar, por que esa máquina que me mantenía vivo dejara de funcionar y acabara ya con mi sufrimiento. ¿Quién les daba el derecho a esos doctores a mantenerme aquí? ¿De qué podía servir ya mantenerme vivo?

«¡Soy un maldito vegetal, incapaz de moverme o expresarme!».

La impotencia se apoderaba de mí y se convertía en odio. Odio por los que me mantenían vivo, odio por la vida misma. La enfermera tenía razón, más me valdría haberme muerto. Y, sin embargo, todos los días entraba en mi habitación, con su cara de miedo, a cambiar el suero que me alimentaba. A pesar de que me creía inconsciente, nunca me miraba a los ojos.

Comprobaba muy apresuradamente todos los tubos que iban de mi cuerpo a la máquina y salía de

la habitación lo más rápido que podía. Cada día que la veía entrar le rogaba, en mi mente, que se olvidara ya de cuidar de mí. ¿Acaso no se daba cuenta de que no me hacía ningún favor manteniéndome vivo?

«¡Hey! Deja ya eso, por favor —le suplicaba mi mente—. Si te da tanto miedo verme, ya no vengas más. Simplemente déjame morir...».

Pero, una y otra vez, la veía hacer su rutina y dejarme aquí... vivo. Una vez, y otra, y otra, y otra...

«¡Maldita sea, que se acabe esto de una vez! ¡Por favor, que alguien haga algo, que alguien me ayude! ¡Ya no quiero seguir viviendo!».

—*Más vale que te vayas acostumbrando, porque parece que vas estar aquí un buen rato.*

Oí de repente que alguien me hablaba. Pero... No había nadie en la habitación.

—*En qué situación tan jodida te metiste* —la extraña voz insistía.

—¿Quién eres? ¿Eres un ángel? —contesté asustado. De alguna forma me daba cuenta de que la voz no venía del exterior.

—*¡Ja ja ja! Eres el peor de los ateos y ahora, ¿crees en Dios y en toda su corte celestial? Qué gracioso.*

—Pero... ¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando? ¿Me volví loco?

—*Eso es más probable.*

—Entonces, ¿no eres real?

—Mira... *no puedo decirte nada que tú no sepas ya. Tal vez, más tarde, sabrás quién soy.*

—Pero... ¿Laura está bien? ¿Por qué no vienen mis padres a verme? ¿Cuándo voy a morir? ¿Es esto un castigo?

—*¡Qué necio eres, hombre! Nada sé que tú no sepas.*

—Pues de poco me sirves entonces.

—*Si quieres, me voy.*

—¡¡No!! Por favor, no te vayas. —En ese momento recordé que Laura siempre hablaba de guías espirituales, con los cuales uno puede comunicarse si medita lo suficiente. Eso a mí me parecían patrañas.

—*A mí también me lo parecen* —contestó la voz—. *Pero lo de «guía» me gusta.*

—¿Acaso un guía espiritual puede ser tan sarcástico y grosero?

—*Mira... si no te caigo bien, me voy y se acabó.*

—No, disculpa, no te ofendas. Solo quiero comprender lo que pasa.

—*Mejor deberías haber intentado comprender lo que pasaba antes de cometer la estupidez que cometiste.*

—Solo quería escapar y liberarme de mis problemas.

—*¡Ja! Querías escapar de tus problemas y te convertiste en un esclavo.*

—¿Un esclavo?

—*Así es. No tienes libertad en absoluto: no puedes moverte, ni expresarte; es más, no puedes quitarte la vida aunque quisieras.*

—Y tú has venido para hacerme sentir peor —le contesté.

—*¿Que he venido? Yo siempre he estado aquí, contigo. El problema es que nunca me quisiste escuchar. Además, nadie puede hacerte sentir nada, en absoluto.*

—¡Qué estupidez! ¿Cómo que nadie puede hacerme sentir nada? Mis padres siempre me hacían enojar, mis hermanos me hacían sentir menos, mis parejas constantemente me desilusionaban y me herían.

—*Mira, te lo voy a explicar mejor... Antes de estar aquí, eras completamente libre, nadie ni nada tenía poder sobre ti. Tenías la oportunidad de hacer cualquier cosa que te propusieras, eras el dueño de tu vida.*

—¿Y qué tiene eso que ver con mis sentimientos? —respondí atropelladamente.

—*Calma, ¿qué prisa tienes? Después de todo, tenemos mucho tiempo para charlar y pensar.*

—Te digo que eres un sarcástico.

—*Continuemos. Eras libre también para pensar lo que quisieras y, por lo tanto, para elegir tus sentimientos.*

—¿Cómo que elegir mis sentimientos?

—Sí. Tus sentimientos vienen, y solo pueden venir, de tus pensamientos. Así es como funciona: piensas en algo triste y te pones triste; piensas en algo que te molesta y te enojas... Crees que los demás pueden herirte, o desilusionarte, o hacerte sentir mal, pero nadie puede meterse en tu mente y hacerte pensar ni sentir nada. Incluso en este momento, los demás podrán mover tu cuerpo y hacer lo que quieran con él, incluso podrían apagar esta máquina que te mantiene vivo. Pero, en tu mente, todavía tú tienes el control.

—Dijiste que no podías decirme nada que yo no supiera.

—Pues lo único que prueba esto es que no eres tan estúpido como pensabas.

—Otra vez los insultos.

—No es insulto. En realidad te creías un estúpido; además, te creías una víctima, siempre culpando a los demás y a las circunstancias de lo que iba mal en tu vida.

—Pues sí, mi vida no era tan fácil. Además, con la familia que me tocó... Y para rematar, tuve mala suerte.

—¡Ay, míralo, pobrecito! Cuando hablas así, te imagino como un esclavo de tu pasado, de los deseos de otras personas, de las circunstancias y de la suerte.

—¿Qué, se supone que yo tenía el control de todo lo que pasaba? ¿Se supone que yo podía controlar a los demás?

—No tenías control sobre lo que pasaba, pero tenías y tienes control sobre lo que pasa en tu mente. Tú eres quien decide qué pensamientos tener y cómo reaccionar ante cualquier situación.

—Sí, claro, ¿cómo podía yo reaccionar de forma positiva ante todos los problemas que tenía?

—Tenías la opción de verlos como problemas o como obstáculos a vencer, como una maldición o como un reto. Si tú no eras quien decidía cómo reaccionar, ¿quién lo hacía?

—Ya me estás haciendo enfadar. ¿Así que el único culpable de todo lo que me pasa soy yo?

—Tú mismo te estás enfadando; además, no se trata de culpar a nadie. Sin embargo, dime... ¿Quién movía tu mano aquella vez que le pegaste a Laura? ¿Quién la movía cuando te servías una copa tras otra? ¿Quién puso en tu boca esas pastillas que te trajeron aquí?

Me sentía a punto de estallar. Supongo que expresar nuestras emociones nos sirve como una válvula de escape y yo ni siquiera podía llorar. Estaba furioso por lo que me decía «mi guía», y lo peor es que tenía razón en todo lo que me decía.

Por suerte, algo sucedió que distrajo mi atención: la puerta se abrió y entró una enfermera. Esta vez no era aquella mujer fría que acostumbraba a cambiar el suero que me alimentaba. Se acercó a mi cama y se inclinó para verme. Noté mucha tristeza

en sus ojos verdes. El pelo rubio le caía constantemente sobre la cara y ella lo apartaba suavemente con sus dedos, llevándolo detrás de las orejas. Estuvo observándome durante unos segundos y pude leer su nombre en la tarjeta identificativa del hospital que llevaba prendida al uniforme: Esperanza.

—Hola —me dijo.

«Hola, Esperanza», le respondí mentalmente.

—¡Pobrecito mío, mira como estás!

«Pues ya sabes cómo es la vida», le respondí dentro de mí, prosiguiendo la conversación en mi mente.

Me acarició el pelo y me dijo:

—No te preocupes, yo te voy a cuidar.

«Muchas gracias», pensé.

—*Ella está mucho más cerca de ser un ángel que yo* —comentó mi guía—. *¡Además, es guapa!*

Cuidadosamente cambió el suero, arregló los cojines bajo mi cabeza y revisó que los aparatos situados a mi alrededor funcionaran correctamente.

—Hasta mañana —dijo antes de salir.

«Hasta mañana», le respondí desde dentro.

—*Hasta mañana, ¡¡¡guapa!!!* —gritó mi guía en mi cabeza.